

REVISIÓN DE LAS CRÓNICAS DE RALPH DE DICETO  
Y DE LA *GESTA REGIS RICARDI*  
SOBRE LA PARTICIPACIÓN DE LA FLOTA ANGEVINA  
DURANTE LA TERCERA CRUZADA EN PORTUGAL

*A revision of Angevine Fleet involvement in Portugal during the Third Crusade  
as seen by Ralph of Diceto and the Gesta regis Ricardi*

Lucas VILLEGAS ARISTIZÁBAL

*School of History, University of Nottingham, University Park, Nottingham NG7 2RD, Reino Unido. C. e.:  
lucasvillegasa@googlemail.com*

Recibido: 2009-04-24

Aceptado: 2009-07-29

BIBLID [0213-2060(2009)27;153-170]

RESUMEN: Este artículo explora las intervenciones bélicas de los anglonormandos durante la Tercera Cruzada en las costas portuguesas utilizando como referencia las crónicas de Ralph de Diceto y la *Gesta regis Ricardi*. También examina los motivos que llevaron a las múltiples intervenciones de las flotillas anglonormandas desde el punto de vista de la historiografía inglesa de las cruzadas en Oriente. Finalmente, explora la percepción contemporánea y las repercusiones de estas incursiones en la Península y la participación de cruzados nórdicos en las siguientes intervenciones en Iberia.

*Palabras clave:* Cruzadas. Dartmouth. Enrique II. Lisboa. Sancho I de Portugal. Santarém. Silves. Reconquista. Ralph de Diceto. Ricardo I. Roger de Howden.

ABSTRACT: This article explores the Anglo-Norman military intervention during the Third Crusade on the Portuguese coasts, by analysing the narratives of Ralph of Diceto and the *Gesta regis Ricardi*. It then examines the motives that produced the multiple interventions by the Anglo-Norman fleets from the point of view of the English historiography of the

crusades to the Levant. Finally, it discusses the contemporary perception and the consequences of these incursions to the peninsula, and the later interventions of Nordic crusaders in Iberia.

*Keywords:* Crusades. Dartmouth. Henry II. Lisbon. Sancho I of Portugal. Santarém. Silves. Reconquista. Ralph of Diceto. Richard I. Roger of Howden.

En los años que siguieron a la caída de Lisboa, en 1147, algunos cruzados continuaron viajando por mar a Tierra Santa, volviéndose los puertos del Atlántico de la Península Ibérica una parada obligatoria en la travesía hacia Jerusalén. Esto sucedió a pesar de que las derrotas sufridas por los cruzados, durante la Segunda Cruzada en Tierra Santa, habían dado un golpe considerable a la moral de los occidentales con relación al conflicto del levante y, por lo tanto, habían reducido ampliamente el interés en los sucesos de ultramar<sup>1</sup>. Por otro lado, los monarcas portugueses empezaban a darse cuenta de que la victoria en la conquista de Lisboa había tenido lugar, en gran parte, gracias a la ayuda prestada por estos cruzados del norte y, con la intención de lograr sus propios objetivos de expansión hacia el sur, comenzaron entonces a intentar atraer cruzados extranjeros<sup>2</sup>. El propósito de este artículo es explorar la contribución de los cruzados anglonormandos en la reconquista portuguesa durante el periodo de la Tercera Cruzada, mediante un análisis de las crónicas anglonormandas de Ralph de Diceto, de Rogelio de Howden y del monasterio de Peterborough; crónicas que nos han dejado una detallada narración del itinerario de las flotas de cruzados a lo largo de Portugal, a diferencia de otras que han ignorado este aspecto<sup>3</sup>.

La expansión continental de Portugal fue ciertamente un objetivo de los reyes lusitanos, quienes tenían como rivales, del lado cristiano, a los reyes de León y luego de Castilla-León que, con sus grandes reinos, poseían más recursos y, por lo tanto, eran oponentes difíciles<sup>4</sup>. Con este propósito, los portugueses gustosamente aceptaban la ayuda aportada por cruzados extranjeros, aunque en algunos casos llegaba en momentos inoportunos. Entre estos grupos de cruzados se encontraban los anglonormandos, normandos, angevinos y gascones, que en esta época eran vasallos de la monarquía angevina fundada por el rey Enrique II de Inglaterra, y, por otra parte, estaban los alemanes, flamencos y los hombres de los Países Bajos<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> O'CALLAGHAN, J. F. *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*. Philadelphia, 2004, pp. 58-60; DEFOURNEAUX, M. *Les français en Espagne aux XI<sup>e</sup> et XII<sup>e</sup> siècles*. Paris, 1949, pp. 10-166; TYERMAN, C. *England and the Crusades*. Chicago, 1988, pp. 33-35, 73 y 166-167.

<sup>2</sup> O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade*, pp. 58-60.

<sup>3</sup> DAVID, C. W. (ed.). «Narratio de itinere navali peregrinorum Hierosolyman tendentium et Silviam capientium A. D. 1189». *Proceedings of the American Philosophical Society*, 1939, vol. LXXXI, pp. 591-676; «Orkneyinga Saga». En VIGFUSSON, G. y DASENT, G. W. (eds.). *Icelandic Sagas and Other Documents Relating to the Settlement and Descent of the Northmen on the British Isles*. London, 1894, vol. I, pp. 159-179; RALPH OF DICETO. *Opera Historica*. Ed. de W. Stubbs. London, 1876, vol. I; *Gesta Regis Henrici Secundi Benedicti Abbatis*. Ed. de W. Stubbs. London, 1867; ROGER OF HOWDEN. *Chronica*. Ed. de W. Stubbs. London, 1870.

<sup>4</sup> CERDEIRA, E. y PERES, D. *História de Portugal. Edição monumental*. Porto, 1929, vol. II, pp. 110-112; LIVERMORE, H. V. *A New History of Portugal*. Cambridge, 1966, pp. 61-80; RIBEIRO, O. *A formação de Portugal*. Lisboa, 1987, pp. 47-49. POWERS, J. F. «The Creative Interaction between Portuguese and Leonese Municipal Military Law, 1055 to 1279». *Speculum*, 1987, vol. LXII, pp. 55-57.

<sup>5</sup> LIVERMORE, *A New History of Portugal*, p. 98.

La primera contribución notable de hombres de las Islas Británicas en Portugal que debemos mencionar, después de la conquista de Lisboa, es la liderada por Regnvald de Orkney<sup>6</sup>. Esta fue un intento fallido de tomar Alcacer do Sal en 1158, que fue descrito en la *Saga Orkneyinga*<sup>7</sup>. Este hecho demuestra la continuidad del interés de los europeos de los territorios anglonormandos en Iberia, que se acentuó por la predicación de la cruzada en Portugal, que el obispo inglés de Lisboa, Gilbert de Hastings, puede haber realizado en su viaje a Gran Bretaña a comienzos de la década de los mil ciento cincuenta<sup>8</sup>. Por otra parte, es un buen ejemplo de cómo los cruzados del norte de Europa, en su camino a Tierra Santa, se detenían en Portugal y se involucraban en el conflicto local. Sin embargo, durante el reinado de Enrique II de Inglaterra (1153-1189) la participación de los anglonormandos disminuyó, quizás debido al fracaso de la Segunda Cruzada en lograr una conquista en el oriente latino. Esta disminución del interés de los occidentales del norte de Europa en la cruzada a Tierra Santa causó, indirectamente, la disminución del número de los anglonormandos que se involucraron en la reconquista ibérica en Portugal.

Es importante tener en cuenta que las condiciones políticas en la Península Ibérica también habían cambiado, por lo que era más difícil para cualquier extranjero alistarse en las expediciones contra los moros, ya que estas se habían reducido a razias esporádicas, dirigidas en su mayoría por órdenes militares o por poderes locales, en los feudos fronterizos<sup>9</sup>. Esta situación se debió a los conflictos entre los poderes cristianos y a las largas regencias que tuvieron lugar durante parte de los reinados de Alfonso VIII de Castilla y de Alfonso II de Aragón. A la vez, distrajo la atención de los reinos centrales y levantinos para lanzar cualquier ofensiva importante<sup>10</sup>. La división de Castilla y León debilitó a ambos reinos con respecto a la reconquista, y los problemas entre León y Portugal también ayudaron a cambiar, aunque en menor grado, la política de expansión hacia el sur iniciada por Alfonso Henriques I de Portugal<sup>11</sup>. Navarra, por su parte, por estas fechas ya había dejado de tener un papel importante en la reconquista, ya que carecía de acceso directo a la frontera musulmana y se mantuvo ocupada en los conflictos con Castilla y Aragón<sup>12</sup>. La corona de Aragón comenzó a involucrarse en los complicados

<sup>6</sup> FERREIRO ALEMPARTE, J. *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*. Madrid, 1999, p. 67.

<sup>7</sup> «Narratio de itinere navali», p. 594; «Orkneyinga Saga», pp. 159-179; *Chronicon Conimbricense*. Ed. de E. Flórez. En *España sagrada*. Madrid, 1799, vol. XXIII, p. 332.

<sup>8</sup> ARNOLD, T. (ed.). *Symeonis monachi opera omnia*. London, 1885, vol. II, p. 324.

<sup>9</sup> BARTLETT, R. y MACKAY, A. (eds.). *Medieval Frontier Societies*. Oxford, 1989, pp. 70-74.

<sup>10</sup> POWERS, J. F. *A Society Organized for War. The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages*. London, 1988, pp. 34-39; BISSEAU, T. N. *The Medieval Crown of Aragon. A Short History*. Oxford, 1991, pp. 37-39.

<sup>11</sup> O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade*, pp. 50-61; LOMAX, D. W. *The Reconquest of Spain*. London, 1978, pp. 91-106; OLIVEIRA MARQUES, A. H. de. *History of Portugal*. New York-London, 1972, vol. I, pp. 63-65; POWERS, «The Creative Interaction», pp. 55-57; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J. «Fijación de la frontera castellano-leonesa en el siglo XII». En *la España Medieval. Estudios en memoria del profesor D. Salvador de Moxó*, 1982, vol. II, pp. 411-434; GONZÁLEZ MÍNGUEZ, C. «1037-1230: El proceso de la unidad castellano-leonesa». En BENITO RUANO, E. (ed.). *Medievo hispano: Estudios in memoriam del Prof. Derek W. Lomax*. Madrid, 1995, pp. 215-217.

<sup>12</sup> *Crónica latina de los reyes de Castilla*. Trad. de L. Charlo Brea. Madrid, 1999, pp. 34-48.

conflictos políticos y religiosos del sur de Francia<sup>13</sup>. Sin embargo, aunque estos factores contribuyeron a disminuir el interés de los gobernantes ibéricos en el lanzamiento de expediciones contra los territorios musulmanes, el impulso para la adquisición de tierras bajo control musulmán no muere por completo. La Iglesia se mantuvo activa en el intento de incentivar a los poderes seculares para iniciar nuevos esfuerzos de expansión en al-Andalus. Un ejemplo de ello fue el sínodo de Segovia, celebrado en 1166, en el que los prelados prometieron la remisión de los pecados a los defensores de los territorios cristianos en Iberia, y más concretamente en Castilla, de la misma forma como se les había prometido a aquellos que iban a Jerusalén<sup>14</sup>. A pesar de todo, se hicieron algunos intentos de conquista de nuevos territorios durante este periodo, pero su éxito fue relativamente limitado en comparación con los realizados durante la Segunda Cruzada y las acciones anteriores, por las razones explicadas anteriormente. Por otro lado, fue durante este periodo de incursiones en pequeña escala, a través de la frontera entre musulmanes y cristianos, cuando la versión ibérica de los órdenes militares comenzó a ganar importancia, tal vez como consecuencia de la falta de actividad bélica antimusulmana de los gobernantes ibéricos<sup>15</sup>.

La pérdida de Jerusalén en 1187 después de la magistral victoria de Saladino en los Cuernos de Hattin cambió todo<sup>16</sup>. Este evento afectó la moral de la Europa cristiana más de lo que la caída de Edesa lo había hecho en su tiempo. Jerusalén, el lugar de la crucifixión y la resurrección de Cristo, era de gran valor simbólico para los cristianos y su caída a manos de los infieles fue tan devastadora que envió ondas de angustia por todo el mundo cristiano, fomentando el apoyo del público en general para la promulgación de una nueva empresa con el fin de recuperar la ciudad santa<sup>17</sup>. El fervor de cruzada se levantó una vez más en la Europa occidental después de casi cuarenta años de modesto interés. El papa Gregorio VIII, plegado a la opinión pública, emitió la encíclica de cruzada *Audita tremendi* para fomentar la formación de una nueva empresa bélica con el propósito de la recuperación de Jerusalén<sup>18</sup>. Aunque la convocatoria original de la cruzada se realizó en 1187, pasaron tres años hasta que la cruzada oficial llegase a Tierra Santa.

En el teatro de cruzada ibérico la noticia de la caída de Jerusalén fue recibida con inquietud, pues los almohades habían tenido un éxito moderado en la unificación de la España musulmana y habían sido capaces de revertir algunas de las conquistas cristianas de la primera mitad del siglo XII. Los papas Gregorio VIII en 1188 y su sucesor Clemente III concedieron remisiones de pecados a los que tomaran parte en expediciones contra los musulmanes en España, como su predecesor Eugenio III lo había hecho cuatro décadas

<sup>13</sup> BISSON, *The Medieval Crown of Aragon*, pp. 37-39.

<sup>14</sup> LINEHAN, P. «The Synod of Segovia of 1166». *Bulletin of Medieval Canon Law*, 1980, vol. X, p. 35.

<sup>15</sup> LOMAX, D. W. *La Orden de Santiago*. Madrid, 1965, pp. 4-10; O'CALLAGHAN, J. F. *The Spanish Military Order of Calatrava and its affiliates*. London, 1975, vol. I, pp. 178-189.

<sup>16</sup> RICHARD, J. *The Crusades*. Trad. de J. Birrell. Cambridge, 1990, pp. 216-217; RILEY-SMITH, J. *The Crusades*. London, 1982.

<sup>17</sup> LLOYD, S. «The Crusading Movement 1096-1274». En RILEY-SMITH, J. (ed.). *The Oxford History of the Crusades*. Oxford, 1998, p. 54.

<sup>18</sup> *Patrologiae cursus completus. Series latina*. Ed. de J. P. Migne. Paris, 1855, vol. CCII, pp. 1539-1542; «Gregorio VIII: Audita tremendi». En *Chronicles of the Crusades*. Ed. de E. Hallam. Godalming, 1997, p. 162.

antes<sup>19</sup>. Además, dieron licencia a los gobernantes ibéricos para romper cualquier tregua que tuviesen con los musulmanes y lanzar una ofensiva contra ellos<sup>20</sup>. Esto hizo que las expediciones ibéricas durante el periodo de la Tercera Cruzada, al menos desde un punto de vista jurídico y teológico, fuesen consideradas cruzadas<sup>21</sup>. A pesar de ello, las treguas con los musulmanes fueron respetadas en su mayoría y, aunque Clemente III las prohibió, los monarcas cristianos de la Península hicieron caso omiso<sup>22</sup>. Curiosamente, el papa incluso exhortó al clero a prestar apoyo financiero a la cruzada que estaba siendo preparada para recuperar Jerusalén<sup>23</sup>. La falta de iniciativa en la reconquista fue percibida por el clero y el papado como un lamentable síntoma de los pecados de los gobernantes ibéricos<sup>24</sup>.

Por otro lado, la presión pública sobre los gobernantes de la Europa occidental al norte de los Pirineos fue tal que Enrique II, con todos los conflictos que tenía con sus hijos y el rey de Francia, estuvo dispuesto a tomar el voto de cruzada, que por tantos años había evitado<sup>25</sup>; solo su muerte, en 1189, lo detuvo. Ricardo I «Corazón de León», hijo y sucesor de Enrique II, quien había tomado el voto antes de la muerte de su padre, continuó los preparativos para la cruzada que su predecesor había iniciado. Sin embargo, debido a problemas logísticos, su expedición no comenzó hasta la primavera de 1190. Esta fue una espera demasiado larga para muchos devotos cristianos, que habían tomado su voto de cruzada después de escuchar la noticia de la caída de la ciudad santa, quizás incluso antes de oír hablar de la encíclica de cruzada *Audita tremendi* del papa Gregorio VIII<sup>26</sup>. Estos pequeños grupos viajaban a Tierra Santa por mar, dando la vuelta a la Península Ibérica, y se detenían en Lisboa como último puerto cristiano antes de al-Andalus, para reabastecerse de suministros. Algunos de estos cruzados, inspirados por esta nueva ola de fervor de cruzada, fueron los que ayudaron en la conquista de las ciudades portuguesas de Alvor y Silves.

<sup>19</sup> ROBINSON, I. S. «The papacy 1122-1198». En LUSCOMBE, D. y RILEY-SMITH, J. (eds.). *The New Cambridge Medieval History*. Cambridge, 2004, vol. IV, parte II, p. 347; O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade*, p. 57.

<sup>20</sup> GOÑI GAZTAMBIDE, J. *Historia de la bula de cruzada en España*. Vitoria, 1958, p. 98.

<sup>21</sup> O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade*, p. 57.

<sup>22</sup> CATLOS, B. A. *Victors and Vanquished, Christians and Muslims of Catalonia and Aragon*. Cambridge, 2004, p. 74.

<sup>23</sup> CAZEL, F. A. Jr. «The Tax of 1185 in Aid of the Holy Land». *Speculum*, 1955, vol. XXX, pp. 385-392.

<sup>24</sup> *Annales Toledanos I*. Ed. de E. Flórez. En *España Sagrada*. Madrid, 1799, vol. XXIII, pp. 393-394; PORRES MARTÍN-CLETO, J. *Los Anales toledanos I y II*. Toledo, 1993, pp. 144-165; LINEHAN, «The Synod of Segovia of 1166», pp. 65-66.

<sup>25</sup> Enrique II había contemplado la idea de participar en las cruzadas en Tierra Santa y en la Península Ibérica casi desde el comienzo de su mandato, por su cercanía familiar a la dinastía reinante en el reino de Jerusalén y después como penitencia por su culpabilidad en el famoso caso del asesinato del arzobispo Tomás de Canterbury. FOREY, A. «Henry II's crusading penances for Becket's murder». *Crusades*, 2008, vol. VII, pp. 153-164; DUGGAN, A. «Ne in dubium: The Official Record of Henry II's Reconciliation at Avranches, 21 May 1172». *English Historical Review*, 2000, vol. CXV, pp. 643-658; BARBER, R. *Henry Plantagenet*. Ipswich, 2001, pp. 223-225.

<sup>26</sup> ROBINSON, «The papacy 1122-1198», p. 343; GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada*, pp. 63-66.

Las conquistas, como la de Lisboa en 1147, fueron tan importantes para el mundo cristiano que quedaron registradas en las crónicas del norte de Europa<sup>27</sup>. Las fuentes portuguesas, como la *Crónica de los godos*, no mencionan la toma de Silves por los cristianos o que los portugueses le debiesen nada a los extranjeros por su apoyo. Tal vez esto es un indicador del antagonismo que los cruzados del norte tenían hacia sus colegas portugueses por su supuesta falta de iniciativa, hecho que pudo haberse basado en su propia visión de los acontecimientos. Para los portugueses, como para los otros cristianos de la Península, la conquista de una fortaleza o una ciudad representaba un paso en la continua lucha contra el Islam. También para ellos era necesario abordar la acción con un planteamiento más sofisticado para mantener la plaza después de su conquista y de que los cruzados extranjeros se hubiesen ido<sup>28</sup>. Este fue especialmente el caso, ya que para los reyes cristianos de la Península la conquista de las ciudades tenía que ser seguida por una clara política de asentamientos y reorganización territorial. Por el contrario, para los cruzados normandos y anglonormandos los objetivos eran a más corto plazo e incluían el cumplimiento de sus votos de cruzada y, en algunos casos, el saqueo de la plaza<sup>29</sup>.

Según el análisis de Charles W. David de la *Narratio de navali itinere*, esta crónica fue escrita por un participante alemán y es la más detallada narración de la conquista de Silves<sup>30</sup>. Sin embargo, esta crónica dice poco acerca de los participantes anglonormandos; en cambio hace hincapié en la intervención de los alemanes y los flamencos durante el cerco. En cuanto a la participación anglonormanda, debemos confiar en la crónica más general de Ralph de Diceto. En ella, su autor se esmera en mostrar el papel desempeñado por sus compatriotas en esta fase de la Tercera Cruzada<sup>31</sup>. Ralph era un clérigo de Diss, Norfolk, Inglaterra, y es posible que haya estudiado en la Universidad de París por los años 1140; se convirtió en diácono de la catedral de San Pablo en Londres en 1181 y mantuvo esa posición hasta su muerte en 1201<sup>32</sup>. Ralph escribió muchas obras históricas; la que describe la conquista de Silves y Alvor se conoce como *Ymagenes Historiarum*. Según Gransden, Ralph de Diceto copió gran parte de su información de la crónica de Roberto Torigni hasta el año 1183, pero a partir de esa fecha es más o menos original<sup>33</sup>. Esto es importante, pues la conquista de Silves se produjo en 1189. El único problema

<sup>27</sup> DAVID, «Narratio de itinere navali», pp. 591-676; RALPH OF DICETO, *Opera Historica*, vol. II, pp. 65-66; *De expugnatione Lyxbonensi*. Ed. de C. W. David y J. Phillips. New York, 2000; «A carta de Duodechino». En *Fontes Medievais da História de Portugal*. Ed. de A. Pimenta. Lisboa, 1960, pp. 124-130.

<sup>28</sup> CATLOS, *Victors and Vanquished*, pp. 92-101; VIRGILI, A. «Conquerors i colons a la frontera: Tortosa 1148-1212». *Recerques: Història, Economia i Cultura*, 2001, vol. XLIII, p. 50; McCRANK, L. J. «Norman Crusaders in the Catalan Reconquest: Robert Burdet and the Principality of Tarragona». *Journal of Medieval History*, 1981, vol. VII, pp. 67-82.

<sup>29</sup> BURNS, R. I. «Immigrants from Islam: The Crusaders' Use of Muslims as Settlers in thirteenth century Spain». *The American Historical Review*, 1975, vol. LXXX, pp. 24-34.

<sup>30</sup> DAVID, «Narratio de itinere navali», pp. 591-671.

<sup>31</sup> RALPH OF DICETO, *Opera Historica*, vol. II, pp. 65-66; GREENWAY, D. E. «The succession to Ralph de Diceto, dean of St Paul's». *Bulletin of the Institute of Historical Research*, 1966, vol. XXXIX, pp. 86-95.

<sup>32</sup> GRANSDEN, A. *Historical Writing in England c. 550 to c. 1307*. London, 1974, p. 230; CARPENTER, D. A. «Abbot Ralph of Coggeshall's Account of the Last Years of King Richard and the First Years of King John». *English Historical Review*, 1998, vol. CXIII, p. 1226.

<sup>33</sup> MASON, J. F. A. «Diceto, Ralph de (d. 1199/1200)». En *Oxford Dictionary of National Biography*. Oxford, 2004, vol. XVI, pp. 40-42.

que podría ser evidente en su versión con respecto a Silves puede ser su muy lógica parcialidad en relación con los anglonormandos en el asedio y conquista, en comparación con los de otras nacionalidades que estaban presentes. Esto puede ser el resultado no solo de sus propios prejuicios, sino también de sus fuentes, que podrían haber sido los londinenses que participaron en la expedición. Por otro lado, Ralph no revela sus fuentes acerca de este episodio, lo cual hace difícil tener una visión clara de quién o qué podría haber influido en su interpretación de los acontecimientos. Es probable, sin embargo, que, siendo de Anglia del Este, él conociera a algunos de los veteranos de las conquistas de Lisboa y Tortosa<sup>34</sup>. Por esta razón podría haber estado más dispuesto a registrar sus experiencias en su crónica<sup>35</sup>.

Al parecer, la flota anglonormanda, formada por 37 barcos, dejó Dartmouth, Inglaterra, el día 15 de junio de 1189 y llegó a Lisboa el 3 de julio<sup>36</sup>. Según Ralph de Diceto, el rey Sancho I de Portugal solicitó ayuda a los cruzados ingleses para la conquista de Silves<sup>37</sup>. Las flotas de cruzados de procedencia frisona y alemana ya habían llegado por separado a Portugal y una de ellas había saqueado el castillo y la aldea de Alvor a pocos kilómetros de Silves<sup>38</sup>. El saqueo de esta fortificación costera se consideraba un preámbulo para el asalto a Silves, que se inició tan solo unos días después con una nueva incursión de los cruzados del norte formada por anglonormandos, frisonos y alemanes. Esto demuestra que algunos de los cruzados de los dominios anglonormandos no estaban dispuestos a esperar la expedición del rey Ricardo. Según las fuentes inglesas y alemanas, la ciudad de Silves estaba muy bien fortificada y solo fue conquistada después de un largo asedio<sup>39</sup>.

Esta contribución anglonormanda se puede interpretar de diferentes maneras. Se podría argumentar que la campaña fue percibida como parte de la Tercera Cruzada en sí y que, a los ojos de sus participantes, no había ninguna necesidad de precipitarse hacia Tierra Santa. También se podría argumentar que los implicados estaban deseosos de cumplir con sus votos en cualquier teatro de guerra, no necesariamente en el Levante<sup>40</sup>. Además, como se ha demostrado, el papado había producido continuamente bulas en las que se daba a la lucha en la Península la misma connotación de cruzada que a las expediciones a Tierra Santa<sup>41</sup>. También se puede decir que la codicia de los participantes, o la necesidad real de recursos de los cruzados, les hizo olvidar o dejar en suspenso sus votos para viajar a Tierra Santa, cuando percibieron la riqueza de la ciudad.

<sup>34</sup> VILLEGAS ARISTIZÁBAL, L. «Anglo-Norman intervention in the conquest and settlement of Tortosa: 1148-1180». *Crusades*, 2009, vol. VIII, en prensa.

<sup>35</sup> Algunos de los principales textos de la Tercera Cruzada no se molestan en mencionar los acontecimientos que transcurrieron durante el viaje de la marina anglonormanda desde Inglaterra y Normandía hasta el sur de Francia. *Chronicle of the Third Crusade*. Ed. de H. J. Nicholson. Aldershot, 1997, p. 149.

<sup>36</sup> DAVID, «Narratio de itinere navali», pp. 591-676; RALPH OF DICETO, *Opera Historica*, vol. II, p. 65.

<sup>37</sup> *Ibidem*.

<sup>38</sup> DAVID, «Narratio de itinere navali», pp. 617-618.

<sup>39</sup> *Ibidem*, pp. 619-621; RALPH OF DICETO, *Opera Historica*, vol. II, p. 65.

<sup>40</sup> TYERMAN, *England and the Crusades*, pp. 136-139.

<sup>41</sup> ERDMANN, C. *The Origin of the Idea of Crusade*. Trad. de M. W. Baldwin y W. Goffart. Princeton, 1977, pp. 68-70 y 95-117; *La chronique de Saint-Maixent*. Ed. de J. Verdon. Paris, 1979, pp. 186-187; MANSILLA, D. *La documentación pontificia hasta Inocencio III*. Roma, 1955, doc. 62; GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada*, pp. 76-77.

Como ha señalado Housley, los motivos materiales eran ciertamente muy importantes para los participantes de esta expedición; debido a la ausencia de grandes figuras aristocráticas, era necesario para estos cruzados de bajos recursos adquirir algo de riqueza para poder completar su peregrinación a Tierra Santa<sup>42</sup>. Este tipo de acción ya era percibida como una causa justa cristiana, o al menos como una legítima desviación del viaje a Jerusalén<sup>43</sup>. Además, es probable que los implicados, tanto de los dominios anglonormandos como de otras partes del norte de Europa, fueran conscientes de que, si su expedición a Tierra Santa era un fracaso, como la de sus predecesores en la Segunda Cruzada, podrían, al menos, afirmar que habían ampliado las fronteras de la cristiandad en un legítimo ámbito de cruzada. El cronista inglés Enrique de Huntingdon ya había comentado sobre la caída de Lisboa, en 1147, que aquellos que habían tomado parte en el sitio eran más dignos de recibir sus remisiones que los cruzados que fueron al Levante<sup>44</sup>. Por lo tanto, es probable que el éxito de la conquista de Lisboa cuarenta años antes se haya convertido en cierto sentido en un símbolo de orgullo para los cruzados anglonormandos, principalmente porque la cruzada de los reyes había sido un absoluto fracaso<sup>45</sup>.

La frecuente combinación de fervor religioso y codicia material desempeñó un papel central en la toma de Silves, en septiembre de 1189. En esta ocasión, los cruzados, incluyendo a los del contingente anglonormando, se negaron a dejar partir a los musulmanes con sus objetos de valor, como Sancho I de Portugal les había prometido. Este tipo de acciones eran recurrentes en la contribución extranjera en las cruzadas peninsulares<sup>46</sup>. La diferencia entre los objetivos de los cruzados locales y los de sus homólogos extranjeros siempre causaba problemas a los gobernantes ibéricos, que en muchas ocasiones tuvieron que tolerar el saqueo a manos de los cruzados del norte de Europa. Aunque el saqueo no era un concepto extraño para los cristianos locales, los objetivos políticos a largo plazo de los gobernantes ibéricos en esta época alentaban a que, por lo general, se les diese un tratamiento más generoso a los musulmanes cautivos que el que les solían dar los cruzados extranjeros<sup>47</sup>.

A diferencia de los acontecimientos de 1147, en esta campaña militar la orden del Temple estuvo profundamente implicada; un factor importante que podría haber fomentado la participación de muchos cruzados extranjeros, que quizás podían haber estado inquietos por pasar demasiado tiempo en Iberia, mientras la situación en Tierra Santa era tan desesperada. Los templarios, en este momento, ya se habían convertido en una

<sup>42</sup> HOUSLEY, N. *Contesting the Crusades*. Oxford, 2006, p. 107.

<sup>43</sup> GRABOŃ, A. «The Description of Jerusalem by William of Malmesbury». *Anglo-Norman Studies*, 1990, vol. XIII, p. 155; BULL, M. *Knightly Piety and lay Response to the First Crusade*. Oxford, 1993, pp. 258-288; MITRE FERNÁNDEZ, E. y ALVIRA CABRER, M. «Ideología y guerra en los reinos de España medieval». *Revista de Historia Militar*, 2001, vol. XLV, pp. 302-308.

<sup>44</sup> HENRY OF HUNTINGDON. *Historia Anglorum: The History of the English People*. Ed. de D. Greenway. Oxford, 1996, p. 753.

<sup>45</sup> FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados*, p. 70.

<sup>46</sup> VILLEGAS ARISTIZÁBAL, L. *Norman and Anglo-Norman Participation in the Iberian Reconquista, c. 1018-1248*, tesis doctoral. Nottingham, 2007, pp. 47, 220.

<sup>47</sup> FLETCHER, R. *Moorish Spain*. London, 2001, pp. 134-137.

fuerza importante en la Reconquista<sup>48</sup>. Más aún, la transformación de la reconquista en un tipo de cruzada, equivalente ante los ojos de la Iglesia a las guerras libradas en Tierra Santa, ayudó a que esta orden militar estuviese más interesada en intervenir militarmente en el teatro bélico ibérico<sup>49</sup>. Las espléndidas adjudicaciones de propiedades, dadas tanto por los reyes portugueses como aragoneses, probablemente contribuyeron a que templarios y hospitalarios, que habían sido creados para la protección de Tierra Santa, fuesen obligados a utilizar sus recursos ibéricos específicamente en las campañas peninsulares<sup>50</sup>. La participación de las órdenes militares, cuyas credenciales de cruzada eran bien conocidas en toda Europa antes de esta fecha, pudo haber creado una impresión de legitimidad de esta expedición en particular, aunque el papa no promulgó una bula directa de indulgencias para este ataque.

La *Gesta regis Henrici secundi* también da cuenta del sitio de Silves, aunque es mucho más breve que la de Ralph de Diceto o la *Narratio de navali itinere*. Según la *Gesta regis*, los contingentes ingleses se sumaron a los otros cruzados que asediaban la ciudad de Silves<sup>51</sup>. Según Ralph de Diceto, la ciudad cayó en septiembre después de un sitio difícil. La *Narratio de navali itinere* explica que los habitantes musulmanes fueron expuestos a una hambruna con el fin de capturar la ciudad y, como se explicó anteriormente, la ciudad fue tomada por asalto y su guarnición y población fueron masacradas, a pesar de la mediación del monarca portugués, que intentó persuadir a los cruzados en poner freno a sus deseos de venganza contra los infieles<sup>52</sup>. Las fuentes árabes, que fueron relativamente silenciosas acerca de la caída de Lisboa, cuatro décadas antes, son muy vívidas en su descripción de las atrocidades cometidas contra los habitantes de Silves, después de que esta fuese finalmente tomada por las fuerzas de la cruzada<sup>53</sup>.

Lo que aconteció inmediatamente después de la conquista de Silves, en relación a su repoblación, no está muy claro por falta de documentación. Aparte de un personaje flamenco que fue nombrado obispo de la ciudad, hubo al parecer pocos cruzados

<sup>48</sup> «A conquista de Santarém». En *Fontes Medievais da História de Portugal*. Ed. de A. Pimenta. Lisboa, 1960, pp. 94-106; FORAY, A. *The Military Orders from the twelfth to the early fourteenth centuries*. London, 1992, pp. 23-26; JASPERT, N. «Capta est Dertosa clavis Christianorum: Tortosa and the Crusades». En PHILLIPS, J. y HOCH, M. (eds.). *The Second Crusade: scope and consequences*. Manchester, 2001, pp. 90-110.

<sup>49</sup> Desde el pontificado de Gelasio II, la Reconquista Ibérica fue considerada como un teatro legítimo donde los caballeros cristianos pudieran recibir indulgencias por sus acciones militares contra el Islam. Además, a finales del siglo XII, la participación de los caballeros cristianos de diferentes partes de Europa en la Península Ibérica ya era algo común. DEFOURNEAUX, *Les français en Espagne*, pp. 150-166; FOREY, A. *The Military Orders from the Twelfth to the Early Fourteenth Centuries*. Toronto, 1992, pp. 23-26.

<sup>50</sup> SIRE, H. J. A. «The Charter of the Hospitallers in Spain in the Middle Ages». En BARBER, M. (ed.). *The Military Orders*. Aldershot, 1994, pp. 25-27; FOREY, *The Military Orders*, pp. 23-32; GOMES BARBOSA, P.; VARANDAS, J. M. y VICENTE, A. «Propriedades das ordens militares na Estremadura». En *As ordens militares em Portugal*. Palmela, 1991, pp. 91-98; MARQUIS D'ALBON. *Cartulaire général de l'ordre du Temple*. Paris, 1913, docs. 33 y 314.

<sup>51</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, pp. 89-90; DAVID, «Narratio de itinere navali», pp. 617-619.

<sup>52</sup> DAVID, «Narratio de itinere navali», pp. 629-630.

<sup>53</sup> IBN KHALDOUN. *Histoire des Berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*. Ed. de Le Baron de Slane y P. Casanova. Paris, 1982, vol. II, pp. 212-213; *El Anónimo de Madrid y Copenhague*. Ed. de A. Huici Miranda. Valencia, 1917, p. 114.

extranjeros que se asentaran allí. La falta de evidencia podría ser el resultado del hecho de que la conquista de Silves fue una victoria relativamente efímera, pues el califa almohade Yasuf bin Abd al-Rahman logró reconquistar la ciudad en 1190<sup>54</sup>. Es importante también señalar que las crónicas dicen que la mayoría de los cruzados siguieron su camino a Tierra Santa tan pronto como la ciudad fue conquistada, con la excepción de unos pocos, como el obispo Nicolás el Flamenco<sup>55</sup>.

Sin embargo, después de que los primeros cruzados partieron hacia Tierra Santa, llegó una nueva escuadra naval de cruzados a Portugal. Esta fue la flota de Ricardo I de Inglaterra, que había partido de Inglaterra y Normandía con el propósito de dar la vuelta a la Península para reunirse con su rey en el sur de Francia, antes de continuar su viaje hacia Jerusalén<sup>56</sup>. Como se ha mencionado anteriormente, todos los cruzados que viajaban a Tierra Santa por mar desde el norte de Europa se detenían en Portugal, aunque solo fuese para recargar provisiones para el viaje. Coincidió la llegada de la flota de Ricardo I con la campaña que el califa almohade Yasuf bin Abd al-Rahman había lanzado contra Portugal como represalia por las tomas de Alvor y Silves.

El califa atacó Santarém en el verano de 1190, como un audaz intento de hacer retroceder los avances logrados por el predecesor de Sancho I en el poniente peninsular<sup>57</sup>. Afortunadamente para Sancho, la flota inglesa llegó al mismo tiempo y logró que un grupo de cruzados anglonormandos le ayudara a defender la ciudad<sup>58</sup>. Las dos principales fuentes para esta breve participación de los anglonormandos en Portugal son la *Gesta regis Ricardi*, incorporada en la *Crónica de Benedicto de Peterborough*, y la *Crónica de Rogelio de Howden*. Estas dos crónicas están estrechamente relacionadas entre sí; esto es especialmente evidente en los pasajes que se utilizan en esta sección, donde las descripciones son casi idénticas<sup>59</sup>. Según Gransden, Rogelio de Howden, en su crónica de los años comprendidos entre 1177 y 1192, copió su material de la *Gesta regis Henrici secundi* y sólo hizo unas pequeñas añadiduras de material y resumió algunas de las secciones. Esto es muy evidente en la sección relativa a la travesía de la flota inglesa por Portugal<sup>60</sup>. Como señaló Gransden, las dos crónicas se centran en la política regia y en las maquinaciones del gobierno. En el caso de la cruzada, las dos crónicas hablan de la estructura de mando de las flotas con gran detalle. Estas crónicas exaltan la labor realizada por los cruzados, sin dejar de presentar una visión crítica sobre el comportamiento de ellos en Lisboa, como se verá más adelante.

Según la *Gesta regis Ricardi* y la crónica de Rogelio de Howden, un buque londinense, que llevaba, entre otros, a un cierto Guillermo, hijo de Osberto, y a Godofredo Aurifaber fue persuadido por los colonos de Silves a permanecer y defender la ciudad, con la promesa

<sup>54</sup> AL-HULAL AL MAWSIYYA. *Crónica árabe de las dinastías Almorávides, Almohade y Benimerín*. Trad. de A. Huici Miranda. Tetuán, 1951, p. 188.

<sup>55</sup> DAVID, «Narratio de itinere navali», p. 633.

<sup>56</sup> *Chronicle of the Third Crusade*, pp. 149-150.

<sup>57</sup> AL-HULAL AL MAWSIYYA, *Crónica árabe de las dinastías*, p. 188.

<sup>58</sup> LIVERMORE, *A New History of Portugal*, p. 98.

<sup>59</sup> GRANSDEN, *Historical Writing in England*, pp. 222-227; STENTON, D. M. «Roger of Howden and Benedict». *English Historical Review*, 1943, vol. LXVIII, pp. 574-587.

<sup>60</sup> GRANSDEN, *Historical Writing in England*, p. 226. Ver apéndice.

de que el monarca portugués les pagaría por sus servicios<sup>61</sup>. Respecto a este episodio, el autor de la *Gesta regis Ricardi* presenta una detallada narración de los acontecimientos y una descripción de los individuos que participaron en esta fase de la Tercera Cruzada<sup>62</sup>. Al parecer la flota del rey Ricardo comenzó a llegar a Portugal desde finales de la primavera del año 1190 y sus barcos continuaron llegando hasta el verano del mismo año. Uno de estos contingentes llegó en junio, cuando los almohades habían puesto en marcha una campaña de reconquista contra los cristianos en las orillas del río Tajo. Sancho instó a este grupo, que algunos historiadores han identificado como el conducido por Ricardo de Camville y Roberto de Sablé, a ayudarlo a defender la fortaleza de Torres Novas y más tarde Santarém<sup>63</sup>. Los cruzados, al parecer, aceptaron el llamado sin vacilación<sup>64</sup>.

La identificación hecha por Livermore y O'Callaghan, que propone a Ricardo de Camville y Roberto de Sablé como los líderes de los contingentes que ayudaron a la defensa de Santarém, parece que es el resultado de un error de interpretación de lo que la *Gesta regis Ricardi* y la crónica de Rogelio de Howden indican<sup>65</sup>. Ambas dicen que los dos nobles se encontraban entre los líderes de la flota cruzada que se reunieron en Dartmouth, en las vísperas de la cruzada. Sin embargo, la *Gesta* deja claro que una tormenta dispersó la flota cuando esta pasaba por el mar de Vizcaya, por lo cual los cruzados llegaron a Lisboa en distintas fechas<sup>66</sup>. La crónica no es muy clara, pero sugiere que estos dos cruzados fueron los líderes de una incursión posterior, es decir, no la que participó en la defensa de Santarém, sino en la del saqueo a Lisboa<sup>67</sup>. Lamentablemente, esta interpretación del texto destruye la posibilidad de identificar específicamente el lugar de origen de los cruzados ingleses que desempeñaron un papel en la defensa de Santarém y de Torres Novas, debido a que las crónicas no mencionan ninguno de los nombres de los implicados en este episodio.

El argumento utilizado por el mensajero de Sancho I en la *Gesta regis Ricardi*, que supuestamente dijo: «quod eum nisi eum (el rey) auxiliarentur, ipse totam terram suam amitteret», parece estar utilizando el concepto tradicional de *bellum iustum* de San Agustín para la defensa de tierras cristianas, el cual era ya desde el siglo XI un concepto teológico aceptado en la cristiandad como parte de la justicia de Dios<sup>68</sup>. A diferencia de los argumentos esgrimidos por el obispo de Oporto, que aparecen en la *De expugnatione Lyxbonensi*, para convencer a los cruzados del mérito de la causa, el

<sup>61</sup> ROGER OF HOWDEN, *Chronica*, vol. III, p. 43; MATTHEW PARISIENSIS, *Chronica majora*. Ed. de H. Richards-Luard. London, 1872-1883, vol. II, p. 366; *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, p. 117.

<sup>62</sup> *Ibidem*.

<sup>63</sup> O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade*, p. 59.

<sup>64</sup> *Ibidem*, pp. 118-119.

<sup>65</sup> LIVERMORE, *A New History of Portugal*, p. 98; O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade*, p. 59.

<sup>66</sup> «Hispanicum die Ascensionis Domini, arripuit illas tempestas valida et horribilis, et ab invicem in memento sunt separatae». *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, p. 116.

<sup>67</sup> «Sed antequam illi naves suas venissent, Robertus de Sablul, et Ricardus de Chamvil, venerunt ad Ulixisbonam cum sexaginta tribus magnis navibus de storio regis Angliæ: storium idem est quod navigium». *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, p. 119; ROGER OF HOWDEN, *Chronica*, vol. III, p. 45.

<sup>68</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, p. 118; AGUSTÍN DE HIPONA. *The City of God*. Trad. de H. Bettenson, H. y J. O'Meara. London, 1984, p. 32; RUSSELL, F. H. «Love and Hate in Medieval Warfare: The contribution of St Augustine». *Nottingham Medieval Studies*, 1987, vol. XXXI, pp. 108-124.

autor de la *Gesta regis Ricardi* parece estar convencido de la legalidad de los esfuerzos del monarca portugués debido a su desesperada situación<sup>69</sup>. Rogelio de Howden, por otra parte, intenta demostrar la naturaleza religiosa de la intervención de los cruzados de la siguiente manera: «Quingenti igitur viri bene armati, et ex omnibus qui in navibus venerant prælecti, fortiores et animosiores, elegerunt magis mori in bello pro nomine Jesu Christi, quam videre mala gentis suæ, et exerminium, et relictis navibus et sociis suis, perrexerunt ascendentes per fluvium Thagi usque ad Sanctam Herenam...»<sup>70</sup>. La referencia a la muerte digna de los cruzados en el campo de batalla hace alusión a la doctrina que proclamaba que los combatientes que murieran en la cruzada recibirían la salvación eterna como mártires de la causa divina<sup>71</sup>. Más importante aún, este aspecto había sido mencionado directamente por el papa Clemente III, en 1188, en referencia a la reconquista ibérica<sup>72</sup>. Además, los hispanos parecen haber tomado muy en serio esta interpretación, como se evidencia a partir de una carta enviada por Alfonso VIII a Felipe Augusto II de Francia como preludio a la batalla de Alarcos (1195), en donde el monarca castellano dice estar preparado para morir en batalla y convertirse en un mártir de la fe<sup>73</sup>.

La defensa de Torres Novas y Santarém parecía, al menos desde la perspectiva clerical de las dos crónicas, como un objetivo legítimo de los cruzados, ya que no critican la ayuda al monarca portugués en su lucha<sup>74</sup>. Sin embargo, el autor de la *Gesta*, al igual que Rogelio de Howden, parecen haber sido muy críticos con el contingente de cruzados, que estaba bajo el mando de Ricardo de Camville y Roberto de Sablé, por su conducta a su llegada a Lisboa. Más aún, los autores no critican el hecho de que el monarca portugués haya atacado y encarcelado a los cruzados que habían causado tanta destrucción a su llegada a Lisboa y que, de acuerdo con ambos autores, venían en su mayoría de Inglaterra<sup>75</sup>. Esto deja claro que sus puntos de vista clericales sobre la moralidad de este asunto eclipsaban cualquier sesgo regionalista que pudiese tener. Este es un ejemplo interesante de un saqueo perpetrado por cruzados contra una ciudad cristiana antes de la Cuarta Cruzada. Por supuesto, en este caso fue el fracaso de los comandantes en mantener la disciplina entre sus tropas lo que causó el saqueo y la destrucción de parte de la ciudad. La sabiduría del monarca portugués, en relación con la falta de control que los comandantes anglonormandos habían tenido sobre sus huestes, parece haber producido una especie de admiración en los cronistas ingleses. Si bien los autores posiblemente fueron capaces de reunir pruebas de los acontecimientos al regreso de los cruzados, es interesante que hayan sido capaces de distanciarse, por sí mismos, de los probables comentarios desfavorables de los participantes en esta expedición que habían sufrido a manos de los hombres del rey lusitano. Es probable que estos autores también hayan tenido contacto con los sobrevivientes de otros grupos que actuaron del lado

<sup>69</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benediti abbatis*, vol. II, p. 118.

<sup>70</sup> ROGER OF HOWDEN, *Chronica*, vol. III, p. 44.

<sup>71</sup> TYERMAN, C. *Fighting for Christendom, Holy Wars and the Crusades*. Oxford, 2004, p. 32; RILEY-SMITH, *The First Crusade and the Idea of Crusading*, pp. 114-115.

<sup>72</sup> O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade*, p. 57.

<sup>73</sup> LADERO QUESADA, M. Á. «Amenaza almohade y guerras entre reinos». En LADERO QUESADA, M. Á. (ed.). *La Reconquista y el proceso de diferenciación política*. Madrid, 1998, pp. 505-508.

<sup>74</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benediti abbatis*, vol. II, pp. 117-119.

<sup>75</sup> ROGER OF HOWDEN, *Chronica*, vol. III, p. 44.

de los portugueses y que, por lo tanto, estuvieron ansiosos de distanciarse de quienes habían sido responsables de los abusos en Lisboa<sup>76</sup>.

Una comparación puede trazarse entre estas expediciones a Tierra Santa y la que llevó a la conquista de Lisboa medio siglo antes, ya que, aunque ambas flotas fueron pilotadas por cruzados procedentes de la baja nobleza y de las clases comerciantes, la forma en que se organizaron fue muy diferente. Por ejemplo, *De expugnatione Lyxbonensi* describe con cierto detalle que los cruzados que se reunieron en Dartmouth en 1147 provenían de diferentes zonas de Inglaterra y que, además, fueron en su mayoría pequeños propietarios y comerciantes<sup>77</sup>. Esto los puso en una situación en la que ellos mismos se vieron obligados a establecer sus propias normas de conducta para mantener la coherencia de la flota, normas que parecen haberse mantenido. Por su parte, en la Tercera Cruzada, la flota enviada por Ricardo I alrededor de la Península Ibérica, para reunirse con él en el sur de Francia, fue dirigida por comandantes designados por la corona y las normas de conducta fueron impuestas desde arriba, pero sin la presencia del rey Ricardo en persona, y parecen haber tenido poco efecto sobre el comportamiento de sus cruzados; muchos de los cuales tal vez no estuvieron tan dispuestos como los de la Segunda Cruzada a partir en esta expedición<sup>78</sup>. A diferencia de los cruzados que conquistaron Lisboa en 1147, muchos de los que tomaron parte en la Tercera Cruzada no viajaron a causa de su propio deseo de participar, sino por sus obligaciones vasalláticas<sup>79</sup>.

Es importante anotar que, a diferencia de la conquista de Lisboa, la defensa de Santarém ciertamente no fue un intento premeditado de los portugueses para atraer la contribución de los contingentes anglonormandos. El paso obligado de los cruzados, a lo largo de las costas de Portugal, facilitó a los portugueses convencerlos de participar en la defensa de su territorio. Como se explicó anteriormente, a pesar de que los cruzados ingleses pudieron ayudar con éxito en la defensa de Santarém, poco después Silves fue recuperada por los musulmanes; cayó el 10 de junio de 1191, después de un breve asedio en el que algunos cruzados ingleses estuvieron involucrados en su defensa<sup>80</sup>. Silves fue atacada de nuevo, en el verano de 1197, por los cruzados del Sacro Imperio Romano-Germánico en su camino a Tierra Santa, como parte de la cruzada del emperador Enrique VI.

En conclusión, la participación de la nobleza anglonormanda en el asedio y conquista de Silves, y en la defensa de Santarém y Torres Novas, muestra que el fervor cruzado, que se había despertado en los dominios anglonormandos como consecuencia de la caída de Jerusalén, continuaba considerando la Península Ibérica como un teatro de cruzada legítimo, como sus predecesores de la Segunda Cruzada lo habían hecho con Lisboa y Tortosa. Por otra parte, a diferencia de los cruzados que ayudaron a conquistar Lisboa y Tortosa, estos grupos carecían de un liderazgo capaz de mantener disciplina y esto causó el ataque a la ciudad cristiana de Lisboa. También es importante mencionar que las narraciones anglonormandas nos muestran una fase de la Tercera Cruzada un poco

<sup>76</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benediti abbatís*, vol. II, pp. 118-119. Ver apéndice.

<sup>77</sup> *De expugnatione Lyxbonensi*, pp. 52-57.

<sup>78</sup> TYERMAN, *England and the Crusades*, pp. 73-74.

<sup>79</sup> RILEY-SMITH, *The First Crusade and the Idea of Crusading*, pp. 77-78.

<sup>80</sup> *El Anónimo de Madrid y Copenhagen*, p. 70.

desconocida, que mantiene la idea de la cruzada como una campaña en todos los frentes contra los enemigos de la fe cristiana.

#### APÉNDICE

La *Gesta regis Ricardi*, como parte de la *Gesta Henrici secundi Benedictis abbatis*, y la *Crónica* de Rogelio de Howden fueron editadas por W. Stubbs entre los años 1867 y 1870<sup>81</sup>. Stubbs, como editor de las dos fuentes, notó grandes similitudes entre los dos textos; sin embargo, solo fue en 1943 cuando Stenton afirmó que ambos fueron escritos por Howden<sup>82</sup>. Archer, en 1888, hizo una traducción resumida del trabajo de Rogelio de Howden, entre otras crónicas, en su libro sobre la cruzada del rey Ricardo I<sup>83</sup>. La traducción hecha por Riley de los *Anales* de Rogelio de Howden es, sin duda, la más fiable; sin embargo, hizo muy pocas anotaciones en la narración<sup>84</sup>. Gransden, por su parte, consideró que Rogelio de Howden no fue el autor de la *Gesta*, sino que copió de esta la mayor parte de su material, y que ella había sido escrita por un autor desconocido<sup>85</sup>. Más recientemente, historiadores como Williams, Corner y Gillingham están convencidos de que, efectivamente, el autor de la *Gesta* sí fue Howden y que él simplemente abrevió el texto en su *chronicon*<sup>86</sup>. En el caso de la travesía de la flota angevina a lo largo de las costas portuguesas ambas crónicas son casi idénticas; sin embargo, esta traducción se basa en el texto de la *Gesta* como fue editado por Stubbs.

En el mismo año [1189], en el mes de septiembre, hombres de Londres y de muchos otros reinos diferentes, a bordo de buques y en camino hacia Jerusalén, sitiaron en España la ciudad sarracena llamada Silves, la capturaron y limpiaron su suciedad infiel. Ellos establecieron para siempre el cristianismo, y construyeron una iglesia en honor a Dios y a la Santa Virgen María, madre de Dios<sup>87</sup>. Convocaron a los obispos vecinos, que venían con ellos, y consagraron un obispo para la ciudad. Y ellos le dieron [la ciudad] al rey Sancho de Portugal. En el día de San Miguel partieron hacia Jerusalén a través de las regiones de África sin impedimento...<sup>88</sup>.

<sup>81</sup> ROGER OF HOWDEN, *Chronica*, vol. III, pp. 42-47; *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, pp. 115-121.

<sup>82</sup> STENTON, «Roger of Howden and Benedict», pp. 574-582.

<sup>83</sup> ARCHER, T. A. *The Crusade of Richard I 1189-1192*. London, 1888, pp. 19-21.

<sup>84</sup> *The Annals of Roger of Howden*. Trad. de H. T. Riley. Felinfach, 1997, vol. II, parte I, pp. 146-152.

<sup>85</sup> GRANSDEN, *Historical Writing in England*, pp. 222-227.

<sup>86</sup> CORNER, D. «The *Gesta Regis Henrici Secundi* and *Chronica* of Roger, Parson of Howden». *Bulletin of the Institute of Historical Research*, 1983, vol. LVI, pp. 126-144; CORNER, D. «Howden [Hoveden], Roger of, (d. 1201/2)». En *Oxford Dictionary of National Biography*. Oxford, 2004, vol. XXVIII, pp. 463-464; WILLIAM, A. «England in the Eleventh Century». En *A companion to the Anglo-Norman World*. Woodbridge, 2003, p. 120; GILLINGHAM, J. «Roger of Howden on Crusade». En *Richard Cœur de Lion: Kingship, Chivalry and War in the Twelfth Century*. London, 1994, pp. 141-153.

<sup>87</sup> La más completa narración del asedio y la captura de Alvor y de Silves por los cruzados de distintas nacionalidades está en la *Narratio de itinere navali*. DAVID, «Narratio de itinere navali», pp. 610-642.

<sup>88</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, pp. 89-90.

Los buques del rey, con el arzobispo de Auch<sup>89</sup>, el obispo de Bayona<sup>90</sup>, Roberto de Sablé<sup>91</sup>, Ricardo de Camville<sup>92</sup> y Guillermo Fortis de San Alban<sup>93</sup>, tomaron el liderazgo de la expedición, que había sido convocada para la conquista de Jerusalén, después de la Pascua. La flota estaba compuesta por personas de diferentes regiones de Inglaterra, Normandía, Bretaña y Potiou. Los barcos se reunieron en el puerto de Dartmouth y, después de un número de días de descanso, los buques, que por entonces eran diez, navegaron hacia Lisboa.

<sup>89</sup> Gerardo de Labarthe, arzobispo de Auch (1173-1192). GAMS, P. P. B. *Series episcoporum*. Leipzig, 1931, p. 498.

<sup>90</sup> Bernardo II de Lacarre, obispo de Bayona de 1185 a 1204. GAMS, *Series episcoporum*, p. 508.

<sup>91</sup> Roberto de Sablé era un noble de Anjou que, en 1191, fue elegido para ser Gran Maestre de la Orden del Temple durante la Tercera Cruzada. Él provenía de un linaje de conflictivos señores feudales que tenían posesiones en las regiones de Saint-Loup, Saint-Brice, Molespine y Brion de Anjou. Roberto IV de Sablé heredó sus dominios en algún momento antes de 1163. Fue un hombre piadoso que, además de ser un administrador responsable de sus grandes dominios, hizo concesiones sustanciales para el clero local. Él, como antes lo habían hecho sus antepasados, se rebeló contra su señor en 1173, cuando se unió a la rebelión del joven rey Enrique contra su padre Enrique II de Inglaterra. En este caso la rebelión fue un fracaso y Roberto tuvo que hacer un homenaje de lealtad a Enrique II a cambio de un indulto real por su participación en la fallida rebelión. Hay alguna documentación, con respecto a su partida hacia Tierra Santa, como parte de la cruzada de Ricardo I de Inglaterra, que Barber discutió en su tesis. Además, parece que su posición en Anjou fue, quizás, la razón por la cual Ricardo le seleccionó, entre otros, para comandar su flota alrededor de la Península Ibérica y luego en el Mediterráneo. Incluso, después de su incapacidad para controlar la indisciplina de la flota inglesa en Lisboa, Roberto de Sablé siguió contando con el favor real, cuando la flota se reunió finalmente con el monarca en Medina. Roberto de Sablé participó en las disputas de Ricardo en Sicilia y Chipre. Él fue elegido Maestre de la Orden del Temple en 1191, tras el asedio de Acre, y como maestre de la orden, participó en todas las grandes batallas y maniobras políticas que tuvieron lugar durante la cruzada en Palestina. Fue responsable de la venta de Chipre a Guy de Lusignan, en el verano de 1192. Murió en septiembre de 1192-1193. *The Chronicle of the First Crusade*. Trad. de J. Nelson. Aldershot, 2001, p. 165, n. 72. ROGER OF HOWDEN, *Chronica*, vol. III, pp. 36, 42, 45, 53, 58-59 y 62; *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, pp. 110, 115, 120, 124, 130 (mencionado como Gran Maestre de la Orden de los Templarios) y 134; BOUSSARD, J. *Le comté d'Anjou sous Henri Plantagenêt et ses fils*. Paris, 1938, doc. 7; BARBER, M. *The Grand Masters of the Order of the Temple*, tesis doctoral. Nottingham, 1968, pp. 134-150; BULST-THIELE, M. *Sacre domus militiae templi hierosolymitani magistri*. Göttingen, 1974, pp. 123-134. Para una biografía más completa, véase: BARBER, *The Grand Masters of the Order of the Temple*, pp. 134-150.

<sup>92</sup> Ricardo de Camville o Canville († 1191) era el hijo de Ricardo de Camville († 1176) y hermano de Geraldo de Camville († 1214). Heredó la tierra de su padre en Stretton y las posesiones de su madre en Stanton Harcourt. Estuvo activo en el servicio de Enrique II y, cuando Ricardo I llegó al trono, también se convirtió en ferviente partidario del nuevo monarca, asistió a su coronación en 1189 y, quizás por su lealtad, Ricardo lo eligió como uno de los líderes de su flota. Él y Roberto de Sablé tuvieron un papel fundamental en la organización de una tregua con el rey Sancho I de Portugal, después de los desastrosos acontecimientos que tuvieron lugar en el saqueo de Lisboa. Después de estos acontecimientos en Portugal, siguió al mando de la flota angevina, hasta que se reunió de nuevo con el rey en Sicilia. Viajó con el rey a Tierra Santa y estuvo presente en todos los eventos importantes del viaje. Fue elegido gobernador de Chipre, con Robert de Thornhard. Murió en junio de 1191 en Acre. *Oxford Dictionary of National Biography*. Oxford, 2004, vol. IX, p. 969.

<sup>93</sup> Este personaje ha sido identificado como Guillermo de Forz, padre de Guillermo Forz, conde de Aumale. Él fue un caballero que adquirió sus tierras al casarse con una rica heredera inglesa llamada Hawise, que era viuda de William de Mandeville. El matrimonio fue organizado por el rey Ricardo, como recompensa por los servicios que le había prestado. TURNER, R. V. «William de Forz, Count of Aumale: An Early Thirteenth-Century English Baron». *Proceedings of the American Philosophical Society*, 1971, vol. CXV, parte 3, p. 222. Guillermo Fortis de San Alban pudo también haber sido un monje hagiógrafo benedictino del monasterio de San Alban, que escribió la *Passio Sancti Albani* alrededor de los años 1167 al 1188. *Oxford Dictionary of National Biography*. Oxford, 2004, vol. XLVIII, pp. 587-588.

Pasaron la tierra que se llama Godstret<sup>94</sup> y también pasaron por Bretaña, teniendo a babor de la nave a San Mateo del fin del Mundo, y a estribor el gran mar entre nosotros e Irlanda. Pasaron todos a Potiou y Gasuña por babor. Pasando estas regiones, ellos dejaron el mar británico y entraron al español en el día de la Ascensión del Señor<sup>95</sup>. Luego ellos entraron en unas tormentas horribles, que separaron la flota<sup>96</sup>.

Mientras sucedía la tormenta, todo el mundo estaba orando al Señor con temor. Santo Tomás de Canterbury, el glorioso mártir, se apareció en tres visiones a algunas personas que estaban en el navío de Londres, cuyos nombres eran Guillermo, hijo de Osberto<sup>97</sup>, y Godofredo Aurifaber<sup>98</sup>, y les dijo: «No temáis, pues San Edmundo mártir, San Nicolás confesor y yo custodiamos para el Señor a los que vienen en los navíos del rey de Inglaterra. Y, si los hombres de este navío se abstienen de cometer malas acciones y hacen penitencia, el Señor les dará una próspera travesía y los dirigirá a través de su camino». Luego, después de repetir tres veces estas palabras, Santo Tomás desapareció de sus vistas, y entonces cesó la tormenta y el gran mar estuvo realmente tranquilo<sup>99</sup>.

Y después el buque de Londres, en el cual había ocurrido la mencionada aparición, pasó por el puerto de Lisboa y el cabo de San Vicente<sup>100</sup>, y de ahí viajaron a la ciudad de Silves, que en ese tiempo era la última ciudad de la España cristiana antes de la gran mar y era nueva a la fe cristiana, pues solo un año antes había sido capturada a los paganos y se había convertido en cristiana. En cualquier modo, a la próspera ciudad el navío llegó agitadamente. Los tripulantes desconocían su posición geográfica y fueron un poco descuidados a bordo del buque. Luego navegaron a tierras que sabían por indicios que eran de cristianos y supieron que de allí en adelante no había más tierras con habitantes de la religión cristiana. Y, sabiendo que el viaje no era seguro sin una buena y gran compañía de soldados, entraron en la ciudad. El clero y el pueblo celebraron su llegada como agentes de Dios. Estaban en este navío más de ochenta jóvenes armados<sup>101</sup>.

*Yacoub Yasuf Abd Al-Mansour emperador de los sarracenos de España*

Mientras tanto, Baioc Al Miramolin, emperador de Marruecos y de la España sarracena<sup>102</sup>, y conquistador de sus propias tierras en Marruecos, mandó formar un gran

<sup>94</sup> De acuerdo con lo descrito en la traducción de Riley este lugar pudo ser «Good Start» que hoy se conoce como la península de Star Point, en la provincia inglesa de Devon. *The Annals of Roger of Howden*, vol. II, parte I, p. 146, n.º 59.

<sup>95</sup> El 18 de mayo.

<sup>96</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, pp. 115-116.

<sup>97</sup> Referencia desconocida.

<sup>98</sup> Hay una referencia a un Godofredo Aurifaber en un documento en Bagshot, Surrey, Inglaterra, del año 1218. MATTLAND, F. W. *Bracton's Note Book: A Collection of Cases Decided in the King's Courts During the Reign of Henry the Third*. London, 1999, p. 10; Archer lo llama Godofredo el Orfebre. ARCHER, *The Crusade of Richard I*, p. 20.

<sup>99</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, p. 116.

<sup>100</sup> Las reliquias de San Vicente se encontraron en la ciudad de Lisboa después de la caída de la ciudad como resultado de la Segunda Cruzada. Un monasterio dedicado al santo fue fundado en la ciudad y existen algunas referencias en sus manuscritos que indican que al menos algunos de sus miembros fundadores eran del norte de Europa y veteranos de la conquista de la ciudad. «Crónica da fundação do mosteiro de São Vicente». En *Fontes Medievais da História de Portugal*. Ed. de A. Pimenta. Lisboa, 1960, pp. 141-146; CONSTABLE, G. «A Further Note on the Conquest of Lisbon in 1147». En BULL, M. y HOUSLEY, N. (eds.). *The Experience of Crusading*. Cambridge, 2003, vol. I, pp. 39-44; LIVERMORE, H. «The conquest of Lisbon and its Author». *Portuguese Studies*, 1990, vol. VI, pp. 1-16.

<sup>101</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, p. 117.

<sup>102</sup> Califa almohade Abū Yūsuf Ya'qūb al-Mansur (1184-1199). KENNEDY, H. *Muslim Spain and Portugal*. London, 1996, pp. 237-248.

ejército y vino a las tierras del rey Sancho [I] de Portugal. Seis años antes su predecesor había muerto en el sitio del castillo de Santarém, un castillo del rey Alfonso [Heriques], padre del mencionado rey Sancho de Portugal<sup>103</sup>. Por lo tanto, los ciudadanos de Silves, temerosos del avance del emperador de Marruecos, no les permitieron partir a los jóvenes de Londres, sino que les pidieron desmantelar sus buques y utilizar las vigas de madera para fortificar las defensas de la ciudad, prometiéndoles todo tipo de riquezas, que el buen rey de Portugal les daría por su ayuda, y también se les prometió darles una nueva embarcación. Y así fue; el rey de Portugal les pagó el barco y los gastos que les debía<sup>104</sup>.

Luego, otras nueve naves que la tormenta había dispersado por diversas partes de España, dirigidas por el Señor, finalmente vinieron a la ciudad de Lisboa. Ellos ascendieron por el río que llaman el Tajo. En aquella ciudad reposa el cuerpo de San Vicente mártir<sup>105</sup>.

Tan pronto vinieron, el día de San Juan Bautista [24 de junio] el emperador de Marruecos transitó por el río Tajo con todo su ejército y sitió un castillo del rey Sancho de Portugal, que es llamado Torres Novas<sup>106</sup>. Realmente el rey de Portugal envió sus mensajeros a los peregrinos [los cruzados], que habían llegado en los buques a la ciudad de Lisboa, y les pidió ayuda, diciéndoles que, si no lo ayudaban, toda su tierra se perdería para los infieles. Ciertamente los hombres, sabiendo que la muerte de Cristo había ocurrido por su bienestar, dejaron atrás sus buques y un número de 500 hombres bien armados. Los elegidos vinieron de los navíos fuertes y animados, y prosiguieron hacia Santarém, que dista de la ciudad de Lisboa dos días. Y vinieron adonde estaba el rey Sancho de Portugal con el auxilio y sin discusión. Él, por su parte, tenía pocos hombres de guerra y estaban casi todos desarmados<sup>107</sup>.

El emperador de Marruecos tomó el castillo que había sitiado y comenzó otro cerco a otro castillo portugués que es conocido como Tomar<sup>108</sup>, castillo de templarios. Cuando se enteró de la llegada de los peregrinos [los cruzados], temió intensamente y envió un legado al rey de Portugal, pidiéndole la ciudad de Silves, a cambio del castillo que había conquistado, y que haría una tregua con él durante siete años. El portugués no aceptó los términos y el emperador prometió que vendría en persona a sitiar Santarém al día siguiente<sup>109</sup>.

El rey de Portugal tuvo un consejo de guerra con los peregrinos, organizó a sus hombres en las torres y en las fuertes e inexpugnables murallas. Por su lado, los peregrinos ingleses, que habían llegado por mar, decidieron utilizar partes de sus navíos para fortalecer las zonas más débiles de las murallas de la ciudad<sup>110</sup>.

Al día siguiente, todos los hombres se reunieron para la guerra y gritaron desde las murallas: «Ahora, ahora; venid y no tardéis demasiado». De repente llegó un mensajero que dijo: «El emperador de Marruecos ha muerto hace tres días y su ejército se ha fugado»<sup>111</sup>. Mientras hablaba, llegaron dos y luego tres, y luego muchos más, que dijeron lo mismo. Por lo tanto, el rey y toda la gente de las ciudades estuvieron una vez más llenos de alegría y

<sup>103</sup> Este episodio fue reconstruido por Huici Miranda de crónicas musulmanas y tuvo lugar según su análisis en julio del año 1184. HUICI MIRANDA, A. *Historia política del Imperio almohade*. Tetuán, 1957, vol. II, pp. 290-308.

<sup>104</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, pp. 117-118.

<sup>105</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, p. 118.

<sup>106</sup> El castillo de Torres Novas fue capturado y reconstruido por Afonso Henriques el año 1159. KENNEDY, *Muslim Spain and Portugal*, p. 242.

<sup>107</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, p. 118.

<sup>108</sup> El castillo de Tomar fue construido por los templarios alrededor del año 1160. *El Anónimo de Madrid y Copenhage*, pp. 64-65.

<sup>109</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, pp. 118-119.

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 119.

<sup>111</sup> En realidad al-Mansur enfermó y, con los problemas logísticos de su ejército en aumento, tuvo que retirar su asedio y regresar a Sevilla. KENNEDY, *Muslim Spain and Portugal*, p. 242.

exaltación. Al día siguiente, el rey dio a los hombres de los navíos licencia para volver a sus embarcaciones y les dio una buena recompensa por su trabajo.

Pero, antes de que ellos llegaran a sus barcos, Roberto de Sablé y Ricardo de Camville vinieron a Lisboa con sesenta y tres grandes barcos del rey de Inglaterra: estas embarcaciones eran de transporte. Junto con estos hombres que llegaron, vino un grupo de malhechores y gente perversa que, viniendo exhaustos de su navegación, desembarcaron en la ciudad de Lisboa y por las vías y calles de la ciudad hablaron en forma arrogante e indecente con los ciudadanos. Y estos agredieron inmoralmente a las esposas e hijas de los ciudadanos, y a los judíos y paganos que estaban al servicio del rey, los cuales tuvieron que huir de la ciudad. Ellos [los malhechores] destruyeron y quemaron las casas que realmente estaban buenas, al final no dejaron nada ni siquiera un racimo, ni una uva<sup>112</sup>.

Cuando se le dijo al rey de Portugal lo que estaba sucediendo, vino rápidamente. Sabiendo que Roberto de Sablé y Ricardo de Camville estaban al mando de los barcos del rey de Inglaterra, se presentó de forma amistosa y pacífica, y fue paciente con las injurias cometidas contra sus vasallos<sup>113</sup>.

Al día siguiente, verdaderamente, Roberto y Ricardo de Camville recibieron de todos los hombres de los navíos un juramento a los mencionados capitanes y aceptaron obedecer las reglas del rey. Pero tres días más tarde verdaderamente estalló otro conflicto en la ciudad de Lisboa y algunos de los que vinieron en los navíos comenzaron a pelear en diferentes partes de la ciudad. El clamor popular vino a los oídos del rey, quien hizo cerrar las puertas de la ciudad, y a todos los que vinieron a ella desde los navíos para comer y beber los capturó y encarceló, llegando el número de estos a setecientos<sup>114</sup>.

Antes de dejarlos partir, el rey logró hacer un trato con Roberto y Ricardo; ciertamente, a pesar de los males ocurridos, los malhechores fueron devueltos y ellos mismos firmaron un acuerdo de paz en el que le prometían servirle mientras estuviesen en su tierra; o algo similar. Y con las armas, etcétera ellos en la guerra pagarían por los daños. Eso fue así; Roberto de Sablé y Ricardo de Camville regresaron de la ciudad, con los barcos del rey de Inglaterra, en la vigilia de Santiago apóstol [25 de julio] y, en ese mismo día llegaron al delta del río Tajo donde se encuentra con el mar. El mismo día Guillermo de Forz llegó con 33 grandes navíos. Entonces se juntaron en el mismo lugar un número de 106 grandes naves que habían sido cargadas con hombres belicosos, recursos y armas<sup>115</sup>.

Al día siguiente en la fiesta de Santiago [julio 26], quinto día santo, los mencionados Roberto, Ricardo de Camville y Guillermo de Forz salieron del puerto de Lisboa con los barcos del rey de Inglaterra y fueron alrededor de una gran montaña que se prolonga en el mar y que se llama Espichel<sup>116</sup>. Después llegaron al puerto de Silves que es la última ciudad cristiana<sup>117</sup>.

Desde este punto en adelante la narración sigue con el bien conocido itinerario de los ejércitos de esta cruzada.

<sup>112</sup> El antisemitismo ya tenía una larga historia con relación a las cruzadas en la Europa del norte para finales del siglo XII. En Inglaterra con relación a la Tercera Cruzada se recuerda el ataque contra los judíos de York donde los forzaron a buscar refugio en la torre de Clifford que consecuentemente fue quemada con la población judía en su interior. En el caso puntal de este episodio el cronista no parece haber distinguido el ataque contra los judíos como un asunto de xenofobia inspirado en la cruzada, sino un caso de falta de control de los líderes de la cruzada sobre sus huéspedes en la ciudad. *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, p. 119.

<sup>113</sup> *Ibidem*, pp. 119-120.

<sup>114</sup> *Ibidem*, p. 120.

<sup>115</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, p. 120.

<sup>116</sup> Cabo portugués al sur de Lisboa, cerca de Sesimbra.

<sup>117</sup> *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, vol. II, pp. 120-121.